

Año XIII

Núm. 6

Valencia Marzo - Abril de 1934

GALERÍA

Revista bimestral de Artes Gráficas



GRÁFICA

Director propietario: B. VIZCAY LEÓN

G. SALCEDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Valencia un año.	4 Ptas.
Número suelto.	0'60 "
En provincias un año.	5 "
Número suelto.	0'75 "
Extranjero un año.	6 "
Número suelto.	1 "

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

B. VIZCAY LEÓN

Avda. Benito Pérez Galdós, 78

VALENCIA (ESPAÑA)



Rincón rústico (Xilografía)



LIBROS Y POLVO

Signo de distinción espiritual ha sido, será siempre el culto del libro, el amor al libro. Gustamos del libro, nos cautiva, no sólo por su contenido, también por su traza. No nos cautivará del mismo modo a leer el volumen mal o toscamente impreso, sin primor alguno, des encuadrado y a las veces sucio, que el nítido volumen de rico papel, con sus friso y capitulares gallardísimos, sus deliciosos aguafuertes y su pasta, en que un ignoto artista puso, en artes de confeccionarla, toda la delicadeza y cuidado que el antiguo orífice consagraba a la linda joya salida de sus manos como de un ensueño.

Un añejo refrán castellano afirma: Cual libro leemos, tal vida hacemos. Relación semejante podría establecerse no ya por lo que ve a la lectura sino al libro mismo y su poseedor, diciendo: Cual traza tu libro tenga, tal serás tú.

¡Qué hermosa perspectiva la de los plúteos en que los tomos, alineados, combinan colores y formas! Estos pequeñuelos, como escapados de un joyel; los otros medianos de tamaño, con la vivacidad de sus tejuelos multicolores, que rebrillan sobre los lomos varios y lucientes. Fulgir de oro sobre tafletes y badanas suavísimos al tacto. Claroscuro de sobrias encuadraciones en que los ojos se reposan descansando del rojo sangriento o del verde esmeraldino. Al detenernos en la contemplación de la biblioteca, formada por íntimo consorcio del sacrificio con la casualidad, sentimos algo a manera de hechizo que pudiera darnos un paisaje.

El amor al libro se traduce en la gala de su atavío. No es puramente intelectual, sino visual y objetivo. La mujer bella, mientras mejor vestida, más y más nos seduce; y preferible nos parece

que hermosas prendas se celen tras de hechicero rostro, que no que se ostente la virtud en cara fea. § De aquí la insistencia del bibliófilo en hermanar, tratándose de libros, el continente con el contenido; el capitoso vino espiritual con el preciado vaso que lo encierra.

Fué antaño el arte de la tipografía motivo de dedicación y primor artísticos que ya ahora, en términos generales, se desconocen. Los materiales que en la confección del libro intervenían, los tipos que para imprimir lo eran escogidos, el aliño y gracia que en cuanto a formar una a una las páginas poníanse de realce, la riqueza ornamental de que en portadas, cabezas y finales de capítulos se hacía alarde, y además, las encuadraciones lujosas concurrían en múltiples casos a la realización de una verdadera obra de arte.

* * *

Más no sólo era bello el libro antiguo; antes bien aspiraba a ser duradero. § Incunables de hace cuatrocientos años llegamos en ocasiones a ver, que se creería salieron recientemente de las prensas. Gozan las páginas de inmarcesible nitidez; claros y de fino contornos aparecen todavía los tipos. El recio papel no se rinde ni se ha rendido al secular manoseo destructor, y hasta a veces, la pasta magnífica, olorosa a cedro o a sándalo, muéstrase tan impoluta, que se juzgaría hasta ayer guardada en el precioso mueble de un gran señor. § Duración: tal

puede considerarse la cualidad primaria, esencial, de esos venerables monumentos de la tipografía. Encanto de bibliófilos y codicia de bibliómanos, tales joyas perduran y, por su rareza, alcanzarán a menudo precios fabulosos.

El «Salterio» de 1457, impreso en Maguncia por Fust y Schoeffer, adquiérello Luis XVIII para la Biblioteca Real de París en 12.000 francos; un «Tito Livio» de Roma, 1469, se cotiza por la cantidad de 21.362 francos; las «Historias de Troya», impresas por Caxton, alcanzaran el subido precio de 26.512 francos; el «Decamerón» de Boccaccio, salido de las prensas venecianas Valdaafer en 1471, elévase al más alto que jamás haya tenido libro alguno, o sea el de 56.974 francos.

§ Hasta nuestros tiempos han llegado rarísimos ejemplares de «La Celestina» o *princeps* del «Quijote» o de libros de caballerías que el multimillario Huntington atesora y difunde generosamente en ediciones facsimilares.

Por lo que hace a México, las joyas de nuestra tipografía que ilustraron los Juan Pablos, los Antonio Ricardo, los Pedro Balli, los Ocharte; las «Artes o Gramáticas» de lenguas indígenas, los «Confesonarios», las vidas de santos, restos de la enorme montaña de papel impreso que formó la imprenta editorial, exaltan la codicia de los rebuscadores, y si por milagro todavía se les encontrara a precio que ni remotamente fuera asequible, no es menos cierto que existen en las librerías de los coleccionistas pudientes, en tal cual biblioteca, y, ¡oh dolor! en tierras extranjeras continúan viviendo

con la frescura de ayer. § ¿Y podría decirse que igual suerte espere a la generalidad de los modernos? § Hojeando, hace días, algunos volúmenes de las Obras Completas de Nervo, advertí que en muchas de sus páginas el tiempo asoma ya su faz. ¡El tiempo! ¡Apenas diez años! No han corrido más desde el día en que tales volúmenes fueron impresos. Y, sin embargo, manchas amarillentas comienzan a difundirse por los márgenes y a marchitar la negrura de las líneas del texto; azulea — «herrumbrea», diría yo mejor — la tinta. Pero algo peor: el papel, el papel nuevecito, amenaza desmenuzarse, volatilizarse. A poco más que transcurran los meses — ¡los años de quien los incunables se

mofan!—de estos libros sólo polvo ha de quedar.

* * *

¿Estará reservado otro destino a los que hogaño se imprimen? Ciertamente que las impresiones de lujo, espléndidas, de exquisito gusto, de riqueza que raya en lo inaudito, y de costo al que sólo alcanzan los poderosos—dado que tengan cultura y espíritu—, ahora quizá más que nunca se

han hecho y hacen a porfía. § Pero yo no me refiero a ellas, sino a la impresión del libro en general; a la impresión común, a la que sin distinguos se hacía de cualesquiera obras en otras edades y aun en años no lejanos de los

que ahora vivimos. § Antes de la guerra podíamos adquirir libros comunes y corrientes con la seguridad de que fueran durables. Se les compraba alentando la certeza de conservarlos; certeza en la que abunda el bibliófilo; el que los guarda y clasifica cuidadosamente y con ellos forma este jardín de papel impreso, no ya tan sólo para recreo de la inteligencia, sino para goce y delectación de la vista, del olfato, del tacto. § Después de 1914, y en todo el mundo, al igual que la literatura, la actividad editorial se ha industrializado. § Hay que

ver — y mejor sería no verlas — esas inmundas ediciones de ahora. Libros mal impresos, sin primor ni gusto; con sus portadas a colorines que ofenden los ojos; con su papel tan escaso de peso como de consistencia, y encuadernados a la diablo. Tomáis uno de tales libretes, y en seguida, al hojearlo, os cae una lluvia de pelusilla que os pone hechos un asco y que requiere

la pronta intervención del cepillo. § ¿Qué agrado puede sentirse en el contacto de estos volúmenes que son trasunto del basurero? ¿Qué lector pulcro — y no digamos ya qué bibliófilo lleno de tíquis miquis y escrúpulos — experimentaría, al volver las páginas que vomitan virutas blanquizas, la mansa penetrante leticia que infunde el material contacto con el libro?

Sobre todo ¿qué edad alcanzarán tales libros, que por la pésima calidad de los elemen-

tos que en su hechura intervienen, envejecen y entran en letal decrepitud a la vuelta de dos lustros? § Tal vez se halle ahora en consonancia la calidad espiritual con la meramente física de las «novedades» que se amontonan en los escaparates de los libreros. ¡Se escribe tanto! Y lo que se escribe y publica, en los más de los

casos, ¡vale tan poco!... § De igual suerte que ahora no alentará novelista que, a semejanza de un Flaubert, tarde diez, quince años, en componer y aderezar un romanesco relato, del mismo modo no saltan por ahí, ni en broma, las «Madame Bovary». Se piensa de prisa, se escribe de prisa y se imprime aún más de prisa.

«A' posteri l'ardua sentenza!» — exclamaba el maestro italiano, dejando para las generaciones que vinieran después el juicio de los contemporáneos. § Trabajo le doy a la posteridad para que haga recaer sentencia alguna sobre la producción literaria actual, dado que los libros, al llegar a sus manos, en polvo estarán convertidos. § Aunque... quizás no haga falta. ¿Por dónde, en qué rincón del mundo asoma ahora un Dante, un Cervantes, un Shakespeare; o siquiera un Tolstoy, un Carducci, un Galdós? § *El Universal*, México.



La legibilidad de los tipos

Cuando tratamos de saber qué ojo o estilo de tipo es el más fácil de leer, nos vemos con una cuestión que no se ha decidido todavía, y que quizás no llegue a decidirse nunca. Una de las pruebas que se han verificado ha sido imprimir una frase en tarjetones con tipos de diversos estilos y del mismo tamaño. Luego se ponían ante una persona y se iban retirando hasta que no pudiera distinguir las letras. § Nos parece, sin embargo, que el tipo no es para leerse a gran distancia, ni está con la legibilidad. El tipo lapidario triunfó siempre con estas pruebas, y sabemos que están más difíciles de leer que los

modernos. Depende pues de la clase de tipo de que se trate. En el caso de los tipos de periódicos, por ejemplo, el Ionic núm. 5 fué calificado como el más legible por más de 3.000 especialistas en óptica. No obstante, pocos peritos tipográficos optarían por este tipo (exceptuando el

libro de texto). § En cuanto a los tipos para libros ¿es posible acaso probar nada definitivamente con respecto a su legibilidad? Podemos dar por seguro que la misma clase de tipo a que hemos estado acostumbrados a leer desde nuestra niñez es la que nos facilita la lectura. El niño alemán, por ejemplo, no tiene dificultad en leer la letra gótica alemana, porque a ella está habituado. A los niños y adultos es-

pañoles, por el contrario, les sería difícil leer ese estilo de letra. § Lo mismo puede decirse de la cursiva. Hallamos más dificultad para leer la cursiva que la romana redonda porque no estamos acostumbrados a ella. Sin embargo, Aldo Manucio compuso muchos libros enteramente en cursiva y los lectores de entonces no tenían dificultad en leerlos. Posteriormente, los prefacios, las dedicatorias y otros trozos de composición del frente de los libros se hacían totalmente de cursiva. Un libro hecho de cursiva nos sería difícil su lectura. Lo mismo sucedería con las mayúsculas, pues estamos más acostumbrados a las minúsculas desde nuestra niñez.

En varias universidades de los Estados Unidos vienen haciéndose experimentos con los estudiantes, dándoles a leer trozos compuestos con diversos estilos de tipos en renglones de varios largos con interlineados diferentes. En esto, sin embargo, creo que la índole del texto que se emplee tiene que ver para su fácil lectura. Las señoritas, por ejemplo, leerán un cuento romántico más rápidamente que un artículo de economía política, y los jóvenes devorarán más fácilmente una crónica sobre las hazañas de su favorito jugador de fútbol, boxeo, etc., que una tesis sobre el metabolismo de las glándulas endocrinas de una cacatúa.



El maestro de las Escuelas de Artes Gráficas

El maestro, he aquí una preocupación básica que ha de ser objeto de atención extrema. La elección del maestro nos plantea simultáneamente dos problemas. Uno, cómo ha de ser el maestro; otro, dónde encontrar ese maestro. Prácticamente, en los momentos actuales, tal vez sea este último uno de los problemas más espinosos a resolver. ¿Cómo ha de ser el maestro? ¿Qué cualidades y preparación la suya? ¿Ha de ser un teorizante nutrido del libro y del estudio, o práctico salido de la vida del trabajo? ¿Ha de ser Argos, vigilante del espíritu, o un Mercurio de la actividad? ¿Ha de ser un hombre salido de la escuela o un profesional curtido en el taller? Nosotros, puestos a elegir en tal sentido, no obtaríamos ni por uno ni por otro exclusivamente; habría de ser las dos cosas. § Tan nocivo es el teorizante de principios y fórmulas abstractas, alejado de los problemas reales de la vida del trabajo, como el práctico rutinario, ausente de nociones técnicas. Si el uno nos dice cuál es la composición de un pigmento de color y luego no acierta a utilizarlo, es lógico que sea tan infructuoso o incompleto como que el otro lo sepa utilizar y no hacierte a prever, a evitar su posible descomposición. Del equilibrio, del justo medio, nace y tiene asiento la estabilidad. ¿Cuál es ese equilibrio, ese justo medio? Ya lo hemos dicho: aquel que reúna ambas cualidades, lo técnico y lo práctico, la inteligencia especializada y el brazo ejercitado. Con el saber técnico, con el conocimiento orgánico y funcional de materias y útiles, de las leyes o principios esenciales que las rigen, de sus causas y efectos, de su funcionamiento, de su cuidado, de su manejo, de su ori-

gen o procedencia, de su evolución, de su designación, de su arte, de su historia, que pueda explicarse el por y para qué de cuanto hace y manipula, etc., el alumno tendrá una visión clara, penetrante de su trabajo y de sus posibilidades. Sabrá prever, realizar y estará en condiciones de superarse, de progresar, de seguir adelante, de empujar al progreso, precipitar el futuro, de ganar al tiempo. Será un hombre, un trabajador consciente de su trabajo, bien dispuesto a la función productora. Con el saber práctico, con el ejercicio de sus músculos, con el deporte de éstos para su desarrollo y sana conservación, con las prácticas repetidas y continuadas en materias, maquinarias, útiles y herramientas, con la experiencia de sus trabajos, el discípulo se hará más hábil, más ligero, más fuerte, menos fatigable. Con la enseñanza de aquellos conocimientos técnicos y estos ejercicios prácticos, con el dominio de ambos el trabajador será más capaz o idóneo, más seguro y perfectible en su trabajo, más eficiente a la industria y a la economía, más consciente de su actividad, mejor dispuesto y útil a la función social productora. Será por tanto, mejor ciudadano y tendrá derecho a la estima superior de la sociedad. Moralmente, el trabajador se habrá emancipado.

¿Dónde encontrar ese maestro técnico-práctico para nuestras escuelas de Artes Gráficas?

¿Existe en nuestro medio el ingeniero, el técnico de Artes Gráficas, especializado y práctico en sus problemas y conocimientos profesionales? No. No ya por la ausencia de esta rama en el estudio de las escuelas superiores, sino también porque la industria nacional gráfica no acostumbró a regir los destinos de la vida técnica

del trabajo con ingenieros, ni con técnicos superiores. Se confió siempre o al saber empírico o nulo de sus creadores, de sus propietarios, la mayoría, grandes y pequeños, formados en la improvisación de su negocio, o al hombre de taller, regente o maquinista. Entonces, ¿será preciso improvisar el futuro maestro técnico-práctico? De todo un poco. § Desde luego nos inclinamos a creer que la posible cantera habrá de buscarse en quienes hacen y cuentan una vida de taller, entre los profesionales de la tipografía, etc., entre sus más fieles y valiosos servidores. § No quiere decirse con esto que los maestros salidos del taller sean los maestros preconizados, ya en condiciones para la función docente teórico-práctica. No nos atreveríamos a tanto, porque, lógicamente, no hay razones serias que lo abonen. A lo menos dudamos de la existencia de capacidades técnicas formadas en tal sentido; si las hubiere sería una revelación feliz inesperada. Sin embargo de todo esto, es indudable que el taller, que el hombre avezado a la vida interior del trabajo dispone de una parte considerable de conocimientos de utilización necesarios y exigibles al maestro de nuestras escuelas profesionales. Pero sus saberes no son suficientes a investirlo como docente de una escuela; le falta el decoro espiritual necesario a función tan elevada y tan preciosa como es la de formar inteligencias tempranas, dirigir las, darlas vida, valorizarlas para la actividad. Y no quisiéramos confiar los inicios de las nuevas instituciones profesionales a la incompetencia, al hábito rutinario, o sea al descrédito y al fracaso. ¿Cómo evitarlo o cómo atenuarlo? § Si queremos ganar tiempo utilizando la cantera profesional de hoy día, una solución podrá ser la de completar y perfeccionar lo existente aprovechable. Para ello la industria gráfica, patronos y obreros, las instituciones afines, podrían destacar sus más capaces, sus más inteligentes, sus más comprensivos y estudiosos colaboradores y bajo su patrocinio

recabar del Estado ayuda para esta «élite» de posibles profesores de las escuelas. Confiarlo todo al individualismo personal equivale tanto como mantener la primitiva civilización. Es hora de que desterremos un estúpido y suicida Yo. Pero la unión de la industria gráfica ha de ser para defender los intereses de todos. Elegir sus hombres más valiosos por útiles a la colectividad es el punto de mira. Y al elegirles para apoyarles, para ampararles, no empequeñecer el espíritu de solidaridad patronímica con malquerencia o el recelo personal por los beneficios que directa o indirectamente se deriven para el elegido. § Queda el problema de, una vez elegida la «élite» profesional, completar y perfeccionar sus conocimientos de manera que sean utilizables para función docente. Para lograr todo esto lo más natural es ponerles a su alcance los medios y elementos de asimilación. ¿Cómo?

Pues buscándolos donde los haya. Enviánlos donde sea necesario para que estudien, vean medios, procedimientos técnicos o prácticos empleados en la industria y sus instituciones y se asimilen cuanto se crea indispensable a la enseñanza profesional. § Con los mencionados conocimientos generales y técnicos así adquiridos por la aludida «élite» posiblemente estaría en condiciones de hacerse cargo de la enseñanza en las escuelas de Artes Gráficas. Con ello se había solucionado a la par airosa y favorablemente la ausencia de técnicos superiores capaces de desempeñar las funciones docentes. Porque si se admite como tales a quienes no tuvieran otra preparación que la del taller, la escuela sería una institución baldía, si acaso un remedio más o menos afortunado de taller provinciano, en el cual el aprendiz hace de todo, pero que no sabe de nada.

GRAMÁTICA CASTELLANA

PARA USO DEL TIPÓGRAFO

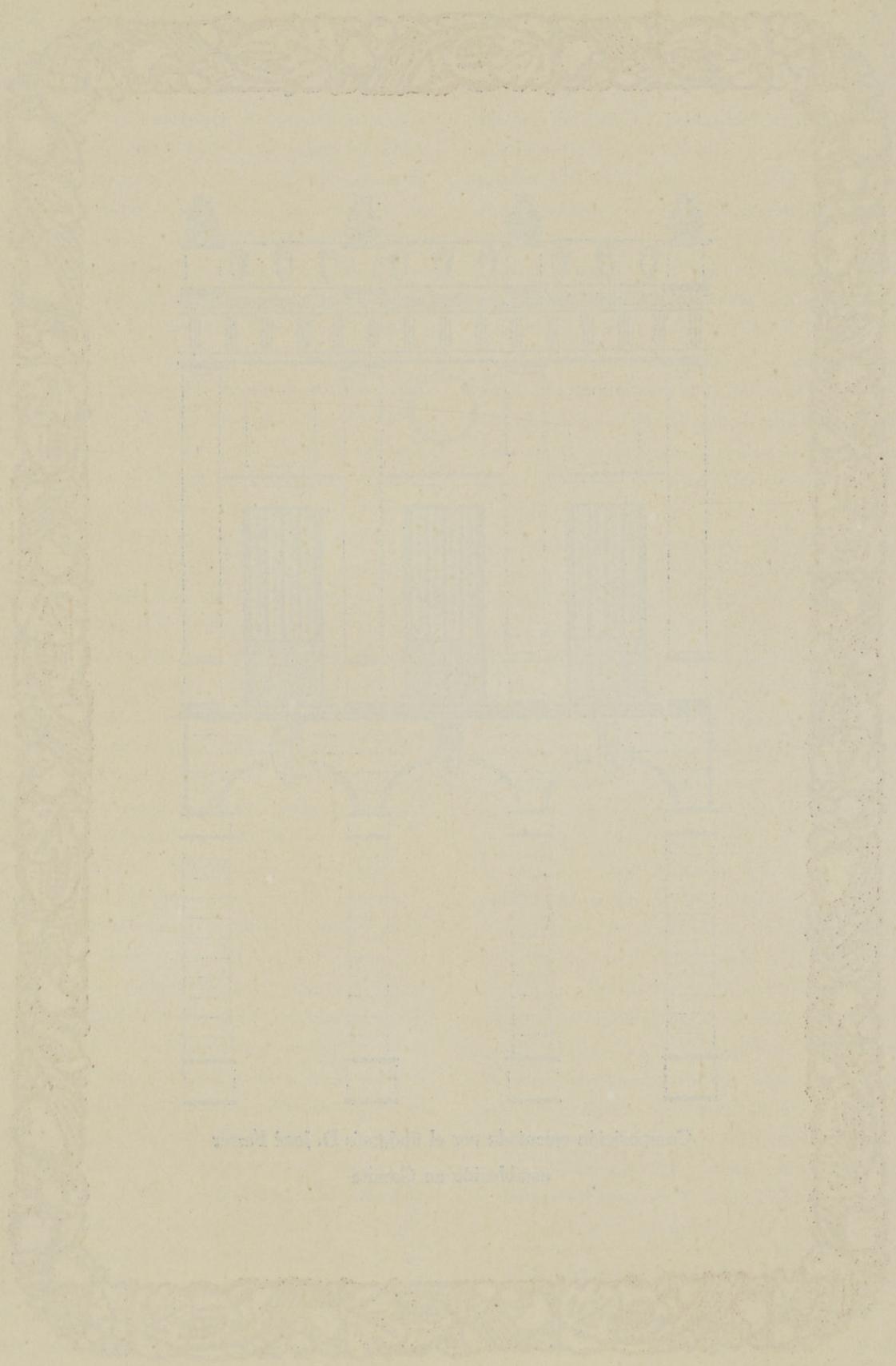
por MIGUEL LOZANO RIBAS

Un volumen en 4.º de 232 páginas . . . 8 ptas.

Editorial Marín, Provenza, 273--BARCELONA



Composición ejecutada por el tipógrafo D. José Ferrer
establecido en Gandía



Printed and Published by J. G. & J. S. B. at the University Press, Cambridge.



Bibliográficas -- Todo para el libro

Al dar principio a este artículo es mi propósito dar a conocer una serie de conocimientos a los que aprenden el arte del libro para que redunde en bien y mejoramiento del buen libro que es todo mi afán.

Para que salga una buena obra, que por insignificante que sea todo dependerá en gran manera del plegado de sus pliegos, acto seguido voy a dar algunas normas. § En el plegado de los pliegos de toda obra hay que procurar que todos sus folios monten unos sobre otros, y a falta de éstos que coincidan sus líneas. Una vez plegado un pliego debe mirarse que sus folios se lean correlativamente, y es en donde puede ocurrir algún lapso, y especialmente en el primer y último pliego de toda obra, por ir en la mayoría de veces su foliación en numeración arábiga y romana. § No más me he propuesto tratar del plegado de los papeles que a mi juicio son más corrientes en la imprenta y subsanar las dificultades que pueden sobrevenir en el plegado del papel. § Todo papel satinado no ofrece dificultad para su manipulación, para su plegado todos sus pases de plegadera se pueden dar con holgura y sin apretar mucho por su blandura, y sus pliegos podrán ser de tres y cuatro dobleces, o sea de 16 y 32 folios; estos papeles se pueden plegar al día siguiente de su impresión con seguridad.

El papel pluma se emplea para obras de poco coste y al mismo tiempo que haga la apariencia de muchos folios y en poco peso; para su plegado, por ser su papel áspero y grueso, todos sus pases de plegadera deben ser muy pronunciados y a ajuste de escuadra y evitar fuelles que producen arrugas, tan propensas en

este papel que causan mal efecto al abrir el libro; este papel se puede plegar el mismo día de ser impreso, sus pliegos a lo sumo de tres dobleces o sea de 16 páginas. § Los papeles couchés se emplean, en general, para obras que van clichés, y es en donde el operario encuadernador tiene que parar más su atención por las dificultades que se ofrecen a menudo y más cuando va mucho cliché; el plegado de sus pliegos debe hacerse con sus pases de plegadera suaves y evitando pasar la plegadera por encima de ningún cliché por seco que esté, pues la capa de tinta siempre cede al pase de la plegadera, y por supuesto queda rayado y borroso y de mal efecto; sus pliegos de dos dobleces, 8 folios en papel grueso y de tres dobleces, 16 folios en papeles delgados, para su plegado deberá dejarse secar por espacio de tres o cuatro días después de su impresión para dejar una buena labor. § El papel de hilo se emplea para libros de importancia y es uno de los papeles más duros y de mayor conservación y se emplea para ediciones de tratados históricos y toda clase de documentos para abogacía.

El plegado del papel de hilo es muy costoso y al mismo tiempo poco dominable y propenso hacer arrugas; se pasará la plegadera con mucha habilidad y bastante fuerte para evitar los fuelles; sus pliegos deben ser de dos dobleces de 8 folios para su mejor cosido, pues de lo contrario luego el libro, una vez terminado, sería costoso abrir y formarían escalerillas sus canales; para su plegado se podrá hacer a los dos días de impreso y antes prensado para quitar el relieve de su impresión. § El papel japonés, como pudiéramos decir, el máximo de lujo

para la imprenta, pues solamente se utiliza para obras y trabajos de gran importancia y para ediciones de opulentos bibliófilos, que por suerte siempre suelen salir al paso, y como ejemplo pongo al gran político catalán D. Francisco de P. Cambó, que en todas sus traducciones siempre suele editar algunos ejemplares en dicho papel y por tal motivo mucho le deben las Artes gráficas a tan gran figura hispana. § Su color es agarbanzado, que además de ser elegante favorece su lectura. § El plegado de dicho papel es muy semejante al papel de hilo y con la particularidad que sus dobleces se deben hacer con mucha seguridad, pues no admite una corrección, que a más de causar mal efecto es de imposible arreglo; sus cuadernos se formarán de dos dobleces cuando es papel grueso y de tres dobleces si es más delgado. A todos los papeles japonés es obligación de prensar antes de su plegado para que desaparezcan los efectos de la impresión, pues dicho papel, por su dureza, se imprime con bastante presión; para su plegado se efectuará a los cuatro o cinco días de su impresión. § Pongo fin a mis cuartillas esperando que serán del beneplácito de los lectores de GALERÍA GRÁFICA, pues ahora más que nunca es cuando debemos de trabajar en bien del Arte del libro y de la juventud que se encamina en nuestro buen arte.

Mariano Monje.

JUAN MARCO

REPRESENTANTE DE LA CASA

RICHARD GANS - Madrid

P. Murcianos, 3, 3.º - Teléf.º 10.976 VALENCIA

COMPAGINACIÓN DE OBRAS

La compaginación de obras ofrece las más diversas dificultades, incluso la de sencillas novelas, por las muchas líneas cortas que suelen contener. § Los compaginadores salvan

tales dificultades según su buen criterio. Viendo mal las líneas al pie o al principio de página, unos hacen recorrer algún párrafo para ganar una línea o hacer una más, o bien recompagan desde el principio de página; otros hacen recorrer algún párrafo para ganar una línea o hacer una más, o bien recompagan desde el principio de capítulo; otros ponen blancos entre algunos párrafos, costumbre nada recomendable, por cierto, y hasta hemos visto libros en que el compaginador ha puesto, entre las últimas líneas de la página, un punto más de blanco, procedimiento sencillamente detestable. § Leyendo recientemente un libro impreso en Nueva York, hemos observado que el compaginador del mismo ha resuelto de un modo muy sencillo, y, a nuestro entender, nada condenable, las dificultades de la compaginación. § Cuando le venían mal las líneas al pie o al principio de página ha hecho las dos páginas que se enfrentan una línea más corta. El lector no observa nada anormal, ya que ambas páginas tienen igual altura y constituyen una mancha uniforme; no notará que el margen blanco al pie es algo mayor que el de las páginas anterior y posterior. Sólo cuando el papel empleado para la impresión es algo transparente, la huella de la última línea de la página anterior o posterior a las dos más cortas revela el ardid a que ha recurrido el compaginador. No cabe duda que procediendo así puede ahorrarse mucho tiempo en la compaginación de obras que tienen muchas líneas cortas.



NUESTRO SUPLEMENTO

El facsímile que publicamos en el presente número como suplemento, es obra del inteligente tipógrafo D. José Ferrer, establecido en Gandía, que nos da la idea de un dibujo a pluma, reuniendo al propio tiempo la composición fácil y el gusto artístico de la obra. Sirva nuestra felicitación de acicate a la labor ejecutada.



EL LIBRO Y LA LECTURA

Puesto ya el pie en estribo
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Con estas coplas antiguas daba su adiós al mundo, que tan asendereado le tuvo y tanto luego, con justicia, habíale de enaltecer, aquel varón «famoso todo», el Príncipe de nuestros Ingenios, en la prócer persona de su Mecenas, el conde de Lemos; porque cuatro días posteros al de esta dedicatoria en el «Persiles y Sigismunda», rendía su tributo a la muerte en un 23 de abril de 1616. § Y coincidente el óbito cervantino con el día del Libro, discernimos constar esta memoria a manera de introito que exornara un tanto la pobreza de estos renglones; porque, además, cosas y muy bellas tiene escritas Cervantes, sobremanera de su obra inmortal, que no se desencaminan del sujeto de este trabajuelo. § Ciertamente que si reviviera nuestro Manto insigne, que reiterara y no acabara el donoso expurgo de la librería de su Ingenioso Hidalgo, en infinitas de las actuales, desgraciadamente, ahítas de ponzoña e inanimidad. § Porque grima causa considerar cómo se malbarata el consolador afán de lectura de hoy, con libracos, novelones y revistillas, que cuando no chirles, adolecen de refinada perversidad, estragando el gusto, injuriando a lo más elemental de la Gramática, y, lo que es peor, extraviando, a sabiendas, inteligencias, en su mayoría no abastadas de la necesaria cultura para afrontar y rehusar el maleficio de tales engendros. Y nada digamos de los inmundos, porque su leve mención ya estomaga, cuando no irrita.

Si las malas conversaciones, según el Apóstol de las gentes, corrompen las buenas costumbres, ¿qué no hará — añade Fray Luis de

León — el libro torpe y dañado que conversa con el que le lee a todas horas y todos tiempos? Dime lo que lees y te diré quién eres, se ha dicho, y dicho bien, ya que los reveses y desconciertos en la vida de los pueblos y de los individuos no tienen otra raíz que la lección de

los aviesos libros. § Los libros, cual los amigos, deben ser pocos, buenos y conocidos. Ya lo advirtió Séneca: «Lee siempre autores afamados, y si te ocurre leer otros, vuelve a los primeros». Y no los hacinemos por una equivocada bibliomanía; porque su número disipa, pues quien está en todas partes no está en ninguna. Y lo confirma el refrán, al sentenciar que «la mejor librería es la que de su dueño no está vacía». § Quédense, pues, los muchos libros para los hombres sabios, de ciencia, de erudición, que precisamente hanlos de beneficiar; y sean para nosotros los pocos, los selectos. Vengamos a la parvedad substancial de los de nuestra clásica y áurea centuria, para gustar las mieles sabrosísimas de su estética, con espacio, reposo y constancia, en pugna honrosa con la inconcebible «prisa» y baraúnda de estos tiempos. § Así seremos muy otros,

tales, que al cabo, al cabo, en bienandanzas para nuestra amada patria, trocaráse la aristocracia espiritual que alleguemos con las sentencias, ejemplos, documentos y galanura que nos ofrecen los buenos libros. § Para término, enjoyemos estas libreriles reflexiones, para que blasonen de algo, con unas de Cervantes y otras de Lope de Vega; dice el primero, en el «Persiles», que «las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto,

a causa de que el que lee con atención repara una y muchas veces con lo que va leyendo, y el que mira sin ella no repara en nada; y con esto excede la lectura a la vista». Y el Fénix, en su comedia «La viuda valenciana», afirma que:

«Es cualquier libro discreto
(que si cansa, de hablar deja)
un amigo que aconseja
y que reprende en secreto.»

Vicente Llopis Cabanes.



LA PALABRA IMPRESA

Al intentar trazar a vuelta pluma unas líneas sobre el tema que las encabeza, me viene a las mientes, casi sin darme cuenta, el conocido apólogo, lleno de enjundia y belleza, de Esopo, el

Príncipe de los fabulistas. § Refiere el ingenioso apologista que un señor de paladar delicado — tal vez de esos de quienes dijo en acerada frase la Santa Escritura «que no tienen otro Dios que el estómago» — pidió cierto día a su cocinera le sirviera lo «mejor», la vianda más exquisita que pudiera encontrar en el mercado. La buena cocinera, ni corta ni perezosa, no vaciló en ofrecer a su amo una lengua condimentada con singular destreza. Sorprendido el señor, y tal vez si es no es atolondrado por tan rara ocurrencia, pidióla de nuevo para el siguiente día lo «peor», el manjar ínfimo que en la plaza encontrara, y... otra vez la lengua fué el bocado apetitoso que a su amo brindara la sirvienta. Trató aquel de investigar la razón de tan sorprendente manía, y sagaz mujer, que, a lo que se ve, sabía de filosofías tanto o más que de menesteres de cocina, respondióle: «Es que, a mi ver, señor, la lengua es lo mejor... y a la vez lo peor...» Razón tenía que le sobraba la atenta cocinera. La lengua, la palabra, canta y bendice a Dios; ella aconseja a quien ha de menester de consejo; deja caer como al desdén en el cáliz del corazón atribulado la gota de almíbar de la re-

signación para quitarle todas sus amarguras; ella comparte penas y convive las puras alegrías; es salmo que reza en la indigencia, cadencia melodiosa que tonifica y calma, bálsamo que resaña sangrantes heridas, cátedra que enseña al ignorante, escuela que educa, rayo que ilumina, trueno que retumba y que despierta, brida que frena el potro indómito de la pasión hirviente, o espuela que aguija la indolencia, dique que remansa las aguas del torrente arrollador..., virtud, en fin, que ennoblece, eleva y perfecciona. Si alguna vez ha podido decirse, con visos de verdad, que el silencio es oro y la palabra plata, es porque en ocasiones el silencio es la más elo-

cuenta de las palabras. § Pero, por otra parte, la lengua, la palabra, es lo peor que se merca en la gran tienda de la vida humana: es espada que mata, ariete que derrumba, baldón que afrenta, lodo que mancha, ladrón que con villanía roba el honor, rico patrimonio del alma; gota de veneno que taladra y emponzoña; envía que corroe, torrente que anega, tralla que fustiga la inocencia; ella induce al crimen, es perjura, maldiciente y blasfema; ella derroca imperios, enciende guerras, osa profanar el dintel sagrado de la familia, sembrando en ella el odio y la discordia, y rompe despiadada las cadenas de oro de la amistad más santa. Razón tenía, pues, la sabia cocinera al brindar a su amo la lengua como el plato «mejor» y a la vez «peor» que puede figurar en el festín estilo Baltasar de la gran mesa de la vida humana. § Así reza el apólogo que, no sé si por ventura o desventura, ocurríame trasladarlo al papel.

Aplicadlo ahora a vuestro sabor y talante, sobre todo a esas cuatro, seis, o veinte hojas volanderas de papel impreso — que no son, en fin de cuenta, sino la palabra elevada a la máxima potencia, mediante el exponente de la rotativa — que todos los días visitan como huésped oportuno o importuno vuestras casas, muchas veces con flagrante delito de allanamiento de morada: poned editorial de fondo..., caricatura..., entre-

filete..., noticia..., anuncio..., novela..., folletín de modas..., libretto..., revista ilustrada..., allí donde el apólogo sabio pone «lengua»... y tendréis contestada la pregunta que encabezó estas líneas.

De la prensa, y más de la diaria o periódica, cabe decir lo que de la palabra dejó escrito un poeta nada sospechoso de obscurantismo:

*La palabra es la espada; así produce,
según quien la maneja, el bien o el mal:
lo que es espada en manos de un hidalgo,
en manos de un bandido es un puñal.*

Cuando se tiene la mala suerte — y ello acontece por desgracia muchas veces — de topar con impresos sin honor, sin recato ni pudor, dan ganas de suscribir sin vacilar esta frase de Luis Veuillot, el famoso director de «El Universo»: «Si en mis manos hubiera estado el hacer a la humanidad el regalo de la imprenta, lo hubiera pensado mucho»; o aquellas otras de Balzac: «El periódico es una tienda donde se vende al público palabras del color que las desea. Si los jorobados tuviesen su periódico, allí se probaría diariamente, mañana y tarde, la belleza, la bondad y hasta la necesidad de la joroba»; o las de Alfredo de Musé, que se atrevió a decir de él «que es una maldita plaga que a todos nos contagia». Pero, cuando por fortuna cae en nuestras manos uno de esos impresos, blasón de las buenas letras, bonor de la humanidad, que son lo que deben ser: escuela donde se educa, cátedra donde se enseña, alcázar venerado de la verdad y del bien obrar, es cosa de bendecir a Dios con el gran pensador francés Lamartine, cuyas son estas palabras a propósito

de la invención de la imprenta: «Los dones de Dios, aunque sean alguna vez peligrosos, no son nunca malos; y dar un instrumento más a la razón y a la noble libertad humana, es dar más vasto campo a la inteligencia y a la virtud, ambas divinas». El primer libro impreso por el gran Gutenberg fué la Sagrada Biblia.



NOTICIAS

La Comunidad de Bienes Richard Gans nos informa que la firma de D. Manuel Gans Gimeno habrá de ser empleada desde septiembre pasado por los propietarios y apoderados junto con otras firmas ya conocidas de la Comunidad de Bienes Richard Gans.



En un diario francés se comentan muy favorablemente los resultados obtenidos con la instalación de una pequeña tipografía en la escuela de Saint-Paul-dence (Alpes Marítimos). La tipografía entra como parte principal en la formación espiritual del niño. Este se interesa prontamente por todo cuanto ordena el maestro, siendo el arte tipográfico un aliciente para que el niño aprenda deleitándose. § En vista del éxito del nuevo plan docente, asegura el diario francés, se trata de la instalación de tipografías en otras escuelas.

Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores la triste noticia del fallecimiento de don Maurice Durand, noticia que nos ha sorprendido grandemente por hacer unos, muy pocos días, estuvo en Valencia, sin haber notado en él nada que pudiera justificar el fatal desenlace. A la familia le enviamos el más sentido pésame.

Bernabé Evangelista Pastor

Representante de la casa

Rodríguez y Bernaola-Bilbao

Teléfono 15590

Cirilo Amorós, 9

VALENCIA

ESTABLECIMIENTO GRÁFICO

M. PIGNOLO

Compra venta de maquinaria usada
para las Artes Gráficas



Aceptaría representación de fabricantes
de tipos y maquinaria del ramo
para las Provincias del Norte



Córdoba, 2369/73

ROSARIO SANTA FE

República Argentina

Publicaciones Recibidas

El Arte Tipográfico	Nueva York
Páginas Gráficas	Buenos Aires
Boletín Unión de Impresores	Madrid
Boletín Oficial	Madrid
Grafica Romana	Bugra (Rumanía)
Rassegna Gráfica	Roma
Bulletin Officiel	París
Helvetische Typographia	Basilea
Graphicus	Turín
Anales Gráficos	Buenos Aires
El Mercado Poligráfico	Barcelona
Revista Sociedad Industrial Gráfica	Rosario Sta. Fe
Revista del Ateneo	Jerez de la Frontera
El Eco de Noval	Málaga
L' Industria della Stampa	Roma
La Industria Gráfica	Frankfurt
Asociación Patronal de las Artes del Libro	Valencia
Boletín de la Federación Grafica Española	Valencia
La Gaceta de las Artes Gráficas	Barcelona
Valencia Atracción	Valencia

Las tintas empleadas en la revista son Ch. Lorilleux y C.^a
Fotograbados de Estanislao Vilaseca de Valencia; el sistema
de composición de B. Vizeay de Valencia; Talleres
tipográficos de Vda. de Pedro Pascual,
Pablo Iglesias, 10-Valencia

Pintores Areógrafos

Trepas metálicas de arte para decorar
en varias formas y estilos
Dibujos propios o sobre modelos



Calle Jordana, 45, 3.º 1.ª

PINTURA Y DIBUJO
PARA
ARTES GRÁFICAS



G. SALCEDO

ORIGINALES PARA
LITOGRAFIA E IMPRENTA
TRICOMIAS, BICOLORES,
FOTOGRAFADOS, DIBUJOS
EN TODOS ESTILOS PARA
ILUSTRACIONES Y TODA
CLASE DE MARCAS



VALENCIA

P

E

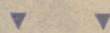
D

R

O

V
I
U
D
A
D
E

ALMACENES DE PAPEL
Y ARTÍCULOS DE ESCRITORIO
SOBRES Y RESMILLERÍA



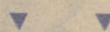
FÁBRICA LIBROS RAYADOS

PUNTILLAS PAPEL PARA
ENVASE DE FRUTAS



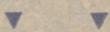
IMPRENTA

PAPELERÍA



TELÉFONO 10612

APARTADO 92



DESPACHO:

Calle Pablo Iglesias, 10



TALLERES:

Calle San Pedro Pascual, 13



ALMACENES:

Calle Abate, núm. 3

Juan de Mena, 26

Angel Guimera, 75

V
A
L
E
N
C
I
A

A

S

C

U

A

L

V
I
U
D
A
D
E
A
V
A
L
E
N
C
I
A

E

Pintores Arcografos

D

R

PINTURA Y DIBUJO
PARA
ARTES GRAFICAS



TELÉFONO 10512

APARTADO 28

G. SALCEDO

ORIGINALES PARA
LITOGRAFIA

Calle Fabio Iglesias, 10
SOLUBILIZADOR
PARA TODOS LOS
ADOS Y TODO
CLASE DE MARCAS
TALLERES

Calle San Pedro Pascual, 13

ALMACENES
VALERIA

Calle Abate, núm. 3

Juan de Mena, 26

Angel Guimera, 75

ALMACENES DE PAPEL
Y ARTICULOS DE ESCRITORIO
SOBRES Y RESMILLERIA

ESTABLECIMIENTO
OLONGID M.

FABRICA LIBROS RAYADOS

PUNTELAS PAPEL PARA
ENVASES DE FRUTAS

Córdoba, 23632

IMPRESION
IMPRENTA

PAPELERIA

various small text items and decorative elements



C

U

A



GALERÍA
GRÁFICA

G. SALCEDO.

AÑO XIV

NÚM. 1



GALERIA
GRAFICA

NUM. I

ANO XII